

EDITORIAL

LA SONRISA DE LA VIDA



EN el número anterior aconsejábamos cambiar el color de los cristales con que mirábamos el mundo y lo hicimos, y vimos que el atragantamiento se llevaba mejor y que ya lo estábamos digiriendo. Luego vimos a nuestros escolares volver a los colegios, a los institutos y a la universidad, y la cara se nos fue distendiendo y pasamos del rictus a una sonrisa. El ánimo se nos vino arriba, y luego apareció el otoño con toda su paleta de tonalidades. Tan bello era lo que teníamos ante los ojos que no sabíamos si quitarnos las gafas de colores de VIDA o incorporar los que acababan de aparecer, y sabiamente, decidimos montar un cuadro de luz.

La Navidad está ahí mismo, la anterior fue de temor, de prohibiciones, pero ya los nubarrones de tormenta desaparecieron, vino la calma y llegó la ESPERANZA y las ganas de sonreír y los afanes para hacer de estas fiestas una gran celebración. Y sacaremos los

turrone y nos iremos a comprar todo lo que la imaginación nos ayude para echar los malos vientos, y disfrutaremos sin preocuparnos de nuestro peso, (del que vamos a ponernos encima, ay! ay!), ni del colesterol ni del azúcar ni del reuma ni nada de nada, solo de sonreír a la VIDA ahora que ha vuelto. Pero cuidado que se pueden hacer ambas cosas, reír y echarle el ojo a nuestras limitaciones de salud, ¡ah!, y a la báscula, que no vaya a ser que después de las risas vengan los sustos cuando pasadas las fiestas bajemos de nuestras nubes mofletudos, hermosotes y rollizos, y nos demos cuenta de que los botones no abrochan, de que el cinturón aprieta, de que la cremallera no sube y de que el médico nos abronca por “no haber sido buenos”.

Pongamos una sonrisa a la VIDA, estaremos más guapos.

Feliz Navidad, amigos, de NOSOTROS a todos VOSOTROS. Así, con mayúsculas.